

Vuela en paz . . . no te hieran los pesares.  
Quién pudiera cual tú ver el zafiro  
del claro cielo de los patrios lares!

Si a Cloris ves, por quien de amor deliro,  
entrégala este ramo de azahares:  
la mando en él un beso y un suspiro.

EL ALMA DE LAS FLAUTAS

Tityre tu patulae recubans sub tegmine fagi  
Sylvestrem tenui musam meditaris avena.

VIRG. EGLOG. I.

. . . Y los indios les inspiran a las flautas  
sus bucólicas triunfales y sus himnos!

Mientras triscan en el prado las ovejas  
y retozan en las peñas los cabritos,

se congregan los pastores bajo el toldo  
que abre un misericordioso tamarindo.  
Son los ángeles-custodios del rebaño;  
los que acechan a los lobos carniceros  
rondadores del aprisco;  
son los buenos habitantes de la sierra,  
son los indios!

Y a la sombra del gran árbol opulento,  
árbol-rey, árbol proficuo,  
verde lira de los vientos surianos,  
camarín de los zenzontles y los mirlos,  
los pastores tocan aires de la costa  
en sus flautas de carrizo!  
Una dulce ola de música s' eleva  
desgranando su cristal en gorgoritos:  
es un chorro de silvestres armonías  
que se quiebra en el azur del cielo limpio ...  
es el alma de las cañas que se queja  
impulsada por el soplo de los indios ...  
es el alma de las cañas que solloza  
por los huertos odorantes a tomillo;  
por las eras donde crujen las espigas,  
oros pálidos y vivos;

por las yuntas que laboran en los campos  
mansamente, con su grave porte olímpico;  
por la púbera pastora Galatea  
muy más blanca que el vellón del corderillo.

... Y los indios les inspiran a las flautas  
sus bucólicas triunfales y sus himnos!

Unas lloran con dolor de chirimía,  
otras plañen como triste caramillo,  
otras tienen la ternura de l' avena  
y otras el marcial *allegro* de los pífanos.  
Y esa música salvaje, tan sentida,  
que s' escapa de las flautas de carrizo,  
tiene un mágico poder: en su ala de oro  
nos remonta al infinito.

Hasta el ave se avergüenza al escucharla  
y en el buche esconde trémolos y trinos ...  
hasta sienten los jaguares al oírla  
misteriosos calosfríos,  
y las víboras se arrastran hacia ella  
por la influencia de su hechizo.  
Oh buen Pan, guarda tu rústica syringa  
que más dulces son las flautas de los indios!

Asombrados los zagales, bajo el toldo  
que abre el misericordioso tamarindo,  
mientras pacen las ovejas en el prado  
y entrechocan sus pitones los cabritos,  
s' entretienen jubilosos e inocentes  
con sus flautas de carrizo;  
y en alegre ruedo todos congregados  
son un grupo melancólico de Títiros.

Lenta lenta, triste triste, suave suave,  
vuela el alma de las flautas de los indios:  
la melena de las frondas s' estremece,  
se abre un surco luminoso en lo infinito,  
sopla tibia y leve ráfaga de viento,  
se columpia el gigantesco tamarindo . . .  
Y, de pronto, diademada de laureles,  
con su túnica de armiño,  
con la Lira de las Églogas al hombro,  
proyectando su gran sombra sobre el río,  
dulce y tierna y melancólica y sagrada  
atraviesa la figura de Virgilio . . .

. . . Y los indios les inspiran a las flautas  
sus bucólicas triunfales y sus himnos!

LA VIUDEZ DE MELIBEO

—Desde que Filis bella, tan bella cuanto huraña,  
hacia remotas tierras partióse de mi lado,  
sin vivir, vivo a torvos recuerdos entregado  
en el umbroso y frío rincón de mi cabaña.

Pace, disperso en ampos, por la vernal campaña,  
el de mi aprisco dócil y balador ganado,  
huérfano de la guarda del pastoril cayado  
que sigilosamente mis pasos acompaña.

Pruebo a tañer la flauta de Pan, y repentina  
nube, resuelta en lloro, cuelga en mi faz un manto  
y el labio tremulante con la queja no atina:

que anégase la caña con el copioso llanto,  
y al espirar en ella doliente desafina  
y vierte muchas lágrimas . . . sin preludiar el  
canto!

No es cosa fútil penar  
por un buey cuando se pierde!  
El dió más luz a mi lar  
la paz del campo al copiar  
en sus ojos de agua verde.  
No es cosa fútil penar  
por un buey cuando se pierde!

BALADA DEL BUEY

E del grave occhio glauco entre l' austera  
dolcezza si rispeccia ampio e quieto  
il divino del pian silenzio verde.

G. CARDUCCI.

No es cosa fútil penar  
por un buey cuando se pierde!

El fué conmigo a labrar  
la tierra por la tornar  
ea una campiña verde.

JUAN B. DELGADO

No es cosa fútil penar  
por un buey cuando se pierde!

El dió más luz a mi lar  
la paz del campo al copiar  
en sus ojos de agua verde.

No es cosa fútil penar  
por un buey cuando se pierde!

Pues me ayudó a conquistar  
el pan nuestro del hogar,  
dejadme que lo recuerde.

Y cómo no recordar  
al dócil buey que se pierde!

LXVI

BAJO EL HAYA DE TÍTIRO

A UN AÑOJO

Fronte curvatus imitatus ignes  
Fertium Lunae referentis ortum:  
Quâ notam duxit, niveus videri  
Coetera fulvus . . .

HORACIO, LIB. IV, ODA II.

Tienes lucia la piel, color bermeja,  
glaucos los ojos, dulce la mirada,  
y un manchón en tu frente despejada  
a fuer de albo lucero se refleja.

LXVII

JUAN B. DELDADO

A una naciente luna se asemeja  
tu testa precozmente coronada,  
y airoso mueves, cual de flor preciada,  
un pétalo rosáceo en cada oreja.

Tal vez mañana, en la coyunda preso,  
surques el haza emasculado toro,  
símbolo de trabajo y de progreso.

Hoy eres un gentil BECERRO DE ORO;  
y, aunque no soy idólatra, confieso  
que por bello y mirífico te adoro.

LXVIII

BAJO EL HAYA DE TÍTIRO

#### CANCION DE LA CIGARRA

—En mi estridente monocordio  
y no en el dulce clavicordio,  
alzo de un cántico el exordio:

Yo soy la Musa del Estío  
y, ebria de sol y de rocío,  
canto en las márgenes del río.

LXIX

En los ardores de la siesta  
rimo mis notas con la orquesta  
que alada trina en la floresta.

Cuando corusca Febo estivo  
—ojo de sátiro lascivo—  
y del cenit llueve oro vivo,

cuál me deleitan los sonoros  
graves bramidos de los toros  
cuya nariz hincha sus poros,

y que en tropel ansiosamente  
llegan a la húmida corriente  
por aplacar su sed ardientel

Gusto de ver los animales  
de las comarcas tropicales  
y que el calor torna sensuales:

pláceme ver a la ventruda  
negra tarántula velluda  
que, para herir, falaz s' escuda;

a las hidrópicas iguanas  
cabe las límpidas fontanas,  
frescor d' egológicas sabanas;

a los bicornes alacranes  
—que son rastreros dioses Panes—  
y a lagartijas y caimanes.

Gusto cantar con el auxilio  
de Corydón, zagal de idilio,  
*formosum pastor* de Virgilio.

Gusto de ver en los alcores  
a las cabritos triscadores  
que retozando tronzan flores;

gusto de ver a la zancona  
y aleve araña juguetona  
tender su fina red nipona,

por atrapar zumbón mosquito  
que lanzó voces con su pito  
que se confunden en un grito.

Tengo un magnífico palacio,  
un ideal y azul espacio:  
las odas clásicas de Horacio;

de Lafontaine soy noble amiga,  
aunque en su fábula castiga  
mi orgullo al lado de la hormiga.

Mas Longo me hizo venturosa:  
de Cloe púbera y hermosa  
me dió los senos nieve y rosa.—

*Súbito un pájaro canalla  
en una brusca trova estalla  
y a la cantora grita:*  
—Calla!

Pues es monótono tu canto  
y lo repites tanto y tanto,  
asaz aumentas mi quebranto.

Eres moderna poetisa  
y tus estrofas causan risa  
aleteando con la brisa.

No tienen jugo ni fragancia,  
ni luz, ni ritmo, ni elegancia,  
magüer presumas ser de Francia.

Calla! Las aves no sufrimos  
que estés rehilando tus opimos  
tardos tercetos monorrimos.

*... Y terqueando la cigarra  
la voz del pájaro desgarrar  
con el bordón de su guitarra:*

—Yo soy la Musa del Estío  
y, ebria de sol y de rocío,  
canto en las márgenes del río.



BAJO EL HAYA DE TÍTIRO

A FERNANGRANA

Àvido abrí tu libro, y su lozana  
poesía me arrobó con su belleza:  
en tus clásicos versos hay pureza  
de forma, al par que griega, castellana.

Es la de Anacreón joven y sana  
Musa la que disipa tu tristeza,  
y nimba de fulgores tu cabeza,  
y a tus versos da vida parnasiana.

JUAN B. DELGADO

Qué blasón ofrendar a tu talento?  
Tú sabes, ahuyentando los dolores,  
despertar un sublime sentimiento.

Y pues del Pindo como Apolo vienes,  
tus jonios "Mirtos", tus primeras flores,  
luzcan junto al laurel sobre tus sienes.

LXXVI

LIBRO II  
GEORGICAS

LXXVII